

La emergencia de paz subalterna y la resistencia política de los pueblos indígenas del Tolima - Colombia¹

The emergency of subordinate peace and politic resistance from the natives in Tolima-Colombia

Eduardo Andrés Sandoval Forero², José Javier Capera Figueroa³

Resumen. La emergencia de construir una cultura popular, basada en el imperativo ético-político que vincula las demandas, necesidades y luchas de los de abajo, se constituye como un aspecto que configura las dinámicas de re-existencia de los grupos sociales en sus distintas realidades. Así pues, la reivindicación socio-cultural y organizativa que vienen construyendo los pueblos indígenas del Tolima – Colombia, se configura como una muestra de resistencia política pensada desde las necesidades e intereses de las comunidades en sus territorios. La necesidad de cuestionar desde una perspectiva crítica la dinámica de paz(ces), gestada en los territorios, se constituye como una apuesta por teorizar desde las ciencias sociales los respectivos elementos y factores socio-

1 Parte de este artículo de investigación fue presentado en el coloquio “*Nombrar lo que nos daña-Repensar la semántica de la destrucción y sus referentes (2019)*” a cargo de la red de investigación sobre problemas críticos - Universidad de Guadalajara (México). Igualmente, se desprende de la tesis de investigación hecha en la maestría en sociología política - Instituto Mora. Agradezco la invitación, realizada por el Maestro y Amigo Jorge Alonso Sánchez. Igualmente, la revisión y corrección de estilo de la literata Indira Enríques.

2 Doctor en Sociología, Universidad Nacional Autónoma de México. Maestro en Estudios Latinoamericanos, Universidad Autónoma del Estado de México, y Antropólogo Social, Escuela Nacional de Antropología e Historia (México). Miembro del Sistema Nacional de Investigadores de México, nivel II, desde 1995. Profesor invitado de universidades de Estados Unidos, América del Sur, España e Italia. Fundador y Coordinador Académico de la Maestría y el Doctorado en Educación para la Paz y la Convivencia Escolar en México. Investigador-Profesor del CIEAP, Universidad Autónoma del Estado de México. Correo electrónico: forerosandoval@gmail.com

3 Politólogo de la Universidad del Tolima. Maestro en sociología política del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora y Doctorante en Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Iberoamericana (México). Analista político y columnista del periódico El Nuevo Día (Colombia) y Rebelión.org (España). Blog: <http://josecaperafigueroa.blogspot.mx/>

culturales que denota la construcción de paz desde y con los de abajo. Lo que refleja, una mirada alterna reflexionada desde la praxis liberadora de los grupos sociales y el ejercicio político de concebir un compromiso ético en defensa de las demandas subalternas y la dignidad humana al interior de las comunidades. De este modo, la finalidad del presente artículo, radica en comprender las formas de organización de los pueblos indígenas del Tolima – Colombia, la cual se construyó a partir de una metodología horizontal crítica desde y con el sujeto político, que señala la importancia de re-pensar los modelos alternativos que rompen con la lógica moderna de la democracia procedimental propia de la modernidad/colonial. Siendo una muestra de las luchas socioculturales y la praxis de resistencia descolonial de las comunidades indígenas en el territorio, teniendo como referencia un contexto caracterizado por la violencia armada, política, económico, la corrupción, el clientelismo y el gamonalismo. Sin dejar a un lado, el exterminio como política de Estado orientada a desarticular los tejidos comunitarios de los pueblos indígenas en el país.

Palabras claves: Movimiento Indígena del Tolima, Resistencia, Descolonización, Violencia, Colombia.

Introducción. La necesidad de asumir los retos encaminados a la construcción de relaciones sociales basadas en el diálogo, la deliberación y la participación de los sujetos en la esfera pública, se constituye como un punto de enunciación que permite la emergencia de procesos intersubjetivos asumidos desde el sentir, el ser y la praxis de los actores en sus espacios cotidianos de existencia. Los procesos de movilización, lucha y resistencia asumidos por las comunidades y los pueblos en los territorios, simboliza un reflejo de una lógica anti-sistémica que irrumpe con el orden moderno y cerrado de las instituciones monolíticas, a cargo de los grupos hegemónicos que administran el poder político privado.

Las consignas elaboradas por los grupos de abajo, en el marco de la defensa de la vida, el territorio y la paz en las comunidades, se establecen como un punto de referencia por asumir un compromiso ético – político en función de la construcción de procesos democráticos desde la praxis de los actores al interior de un espacio político determinado y ético. La tarea de optar por medios socio-políticos enfocados a lograr cuestionar las estructuras cerradas y privadas de los grupos hegemónicos, personifican un campo encargado de cuestionar y asumir una postura de liberación del sujeto en la esfera pública.

De esta manera, la configuración de las acciones colectivas enmarcadas en la construcción de puentes que sirvan como insumo para el tejido sociocultural de las comunidades, se asimilan como un devenir por apoderarse de “*otras*” narrativas que tengan la capacidad de irrumpir los órdenes, modelos y esquemas pre-establecidos por los imaginarios modernos/coloniales de las élites en los territorios. Por ello, la necesidad de asumir una postura crítica-propositiva frente a su contexto inmediato, despierta la emergencia de desplegar una praxis comprometida con las causas, demandas y necesidades de los de abajo.

Los procesos de movilización social y acciones de resistencia, realizada en las últimas décadas del siglo XX e inicio del XXI, promovidas por los grupos, colectivos, asociaciones y movimientos sociales de carácter: étnicos, rurales, urbanos y populares, constituyen un punto de enunciación en el marco de pensar un escenario de la resolución de los conflictos, a partir de la praxis y la dialogicidad de los actores frente a la sociedad civil y el Estado. Precisamente, los tiempos turbulentos que vivimos son el reflejo de la crisis civilizatoria, la cual sustenta su capacidad de violencia, exterminio y despojo sobre los territorios en función de la necesidad de capital transnacional, y los intereses coloniales de los grupos hegemónicos (Alonso, 2013).

La paz al ser un proceso de construcción socio-cultural de largo plazo, simboliza la oportunidad de lograr superar las diferencias desde la condición de la otredad, a partir del reconocimiento, el respeto y la deliberación de sus emociones, deseos, temores y razones, lo que refleja el interés por constituir escenarios que sirvan como plataformas para la re-solución de diversas situaciones problemáticas del sujeto en su cotidianidad colectiva. Sin embargo, la racionalidad de los grupos hegemónicos se basa en la reproducción de las violencias mediante el uso de medios, canales y espacios de dominación racional, económica, política y cultural.

En efecto, la crítica realizada por pensadores Latinoamericanos como Alonso (2013) y Márquez- Fernández (2018), los cuales manifiestan la necesidad de promover una re-configuración del pensamiento en la región, enfocado a construir un diálogo abierto y horizontal entre los sujetos con su realidad social, al mismo tiempo, envuelve ir más allá de los cánones modernos/coloniales propio de las escuelas, centros y paradigmas tradicionales del conocimiento. Por el contrario, se trata de apostar por una lectura de los problemas, las experiencias y las resistencias de los movimientos/comunidades desde la dimensión inter-subjetiva y la praxis de liberación a cargo del sujeto en la constitución de las paces.

La importancia de concebir la construcción de la paz como un reto que involucra los distintos actores sociales de un territorio hombre/mujeres, los cuales asumen un compromiso ético en función de los principios del respeto, la solidaridad y la pacificación de las diferencias, así pues, consiste en superar la noción moderna de la “ausencia de la violencia” para dar el salto, a lógica de asumir la transformación de las circunstancias que median en la realización de la praxis del sujeto en su cotidianidad (Márquez-Fernández, 2018).

De esta forma, la finalidad del presente artículo, consiste en realizar una discusión teórica-conceptual sobre los dilemas y avances que coexisten en el post-conflicto colombiano, a partir de una perspectiva subalterna de paz(ces) en los territorios. Lo que involucra, reconocer la praxis del sujeto y su ethos político en función de construir laboratorios, espacios y territorios de paz desde y con los de abajo, que hagan peso a la lógica de violencias impulsadas y ejercidas desde los grupos hegemónicos en las regiones.

De esta manera, el estudio analítico de la sociología política simboliza un cuerpo teórico, conceptual y metodológico donde existen determinados objetos de estudios que constituyen su *ethos* en el discurso científico e interdisciplinario de las ciencias sociales. Una distinción que históricamente se ha visto asociada a dos campos concretos de estudio: el primero, que corresponde a las relaciones políticas que se encuentran en el Estado; y el segundo, que se asocia al poder en sus dimensiones (discursivas, prácticas y narrativas).

Los referentes clásicos que se han dedicado a la teorización de la sociología política, han llegado al punto de mostrar el carácter interdisciplinario que logran identificar en este campo del conocimiento, debido a que logran explorar la distinción de la ciencia política y su orientación a la investigación empírica donde el Estado, los partidos, regímenes y sistemas políticos, así como la sociedad civil y las organizaciones socio-políticas son referentes para la realización de investigaciones de corte analítico y estructuralista en las ciencias sociales.

Por otro lado, aparece la sociología en su larga tradición (funcional y determinista) encargada de teorizar temas como las estructuras sociales, la relación entre el sujeto y las instituciones, así como los procesos que configuran la estructura en una determinada realidad – empírica. Este largo trayecto a través de los campos del conocimiento es la muestra de las posturas epistemológicas que estructuran el corpus/programa/esquema de

investigación interna de dicho campo del conocimiento en su construcción epistémica.

La sociología política desde la mirada eurocéntrica/americana se ha identificado con un conjunto de actividades que responden a procesos donde las relaciones sociales, los intereses políticos y el método que se ha usado para analizar hechos/conductas se sirven de un marco – analítico de exploración, revisión y explicación de los conceptos que existen en esta interdisciplina del conocimiento en las ciencias sociales (Horowitz, 1977).

En la perspectiva tradicional vinculada a la modernidad/colonialidad, el discurso de la sociología política responde a una lógica lineal caracterizada por el uso de muestras, elementos y diseños que son acordes a un “*trabajo de investigación empírico*”, en donde hace uso de técnicas como: encuestas, medios de estudios, observación de conductas, análisis de documentos, recolección de cifras, acumulación de datos primarios y sondeos. Estas prácticas se han convertido en los requisitos para lograr el proceso de validez colonial/científica que se argumenta y requiere el interior del discurso.

En otra dimensión epistémica sobre la sociología política, se concibe la necesidad de reconocer que los movimientos indígenas son actores políticos inmersos en el proceso descolonizador de dicha interdisciplina del saber, lo que denota un reto conceptual y teórico que articula la heterogeneidad que tienen los pueblos indígenas en su discurso/ práctica/ contenido político, cultural, organizativo y comunitario sobre la democracia, la ciudadanía y lo público.

Las implicaciones que tienen estos actores en su acción y práctica por exponer sus argumentos frente a la política de los Estado en la región latinoamericana, dejan entrever la grieta estructural, producto de los intereses de instituciones rígidas, élites políticas y grupos de intereses, que han impuesto un proyecto colonial sobre lo indígena. Asimismo, la historia universal y el paradigma occidental, los ha soslayado como objetos y ciudadanos inferiores caracterizados por ser in-dignos y no tener la capacidad para participar en la vida política y pública de un Estado – Nación (colonial, racista, sexista, racial) (Grosfoguel, 2011) .

El pensador uruguayo Zibechi (2007), ha ofrecido elementos para reflexionar sobre una sociología latinoamericana que establezca conceptos, teorías y prácticas mediante las que se logre articular a aquellos actores que han sido excluidos del panorama de la región. Puesto que sostiene los aspectos que dan un criterio y reconocimiento de actores políticos a los

movimientos sociales (indígenas), producto de sus procesos sociales frente a la disputa por otra realidad- social en medio la democracia – liberal propia de América Latina.

Según Zibechi, los movimientos han desarrollado formas de organizaciones teniendo como base: *“a) la politización de sus diferencias sociales y culturales, en otras palabras, de sus modos de vida; b) las crisis de representación expresada en la desconfianza de las formas clientelares y burocráticas de lo político; c) la no-estatalidad, o bien, la trascendencia del horizonte Estado-centrista; y d) la diversidad de formas de lucha o momentos de insubordinación social, destacando indudablemente los cortes de ruta y las comunidades en resistencia”* (Martínez-Andrade, 2011,p.171).

Las luchas políticas y populares en América Latina, al ser tan complejas y poseer diversas aristas, no pueden ser analizadas bajo los parámetros de los enfoques eurocéntricos, esto quiere decir, que las lecturas tradicionales de la sociología y el uso de teorías clásicas (estructuralista, positivista, naturalista, institucionalista y funcionalista entre otras.), se sitúan en un proceso de superación epistémica, debido a su carácter lineal cuando se trata de mostrar la relación entre la teoría y la realidad, dejando cada vez más un campo de oportunidades para la sociología política Latinoamericana en su compromiso ético-político de hacer investigación desde y con los sujetos en los territorios (Sandoval, 2016).

Sin embargo, el análisis del movimiento indígena como actor político, constituye todo un conjunto de categorías/ temas como son: la participación, la organización, lo comunitario, el discurso, las prácticas políticas, los derechos políticos, etc. Son parte de ese terreno de oportunidades para construir teoría-crítica desde abajo, siguiendo lo propuesto por Zibechi (2007), cuando señala que los movimientos sociales en América Latina tienen *“rasgos comunes”* en su producción simbólica, material y comunitaria, en la caracterización de un proyecto ético- político donde subyacen aspectos como:

- 1) El arraigo del territorio en los movimientos, aquí se conforman espacios ontológicos, materiales y comunales.
- 2) La autonomía política como criterio de organización en los procesos comunales, va desde su diferencia con el Estado, los partidos políticos, las redes clientelares y las organizaciones civiles donde algunas son funcionales a los intereses de las estructuras de poder.

- 3) El sentido político de sus identidades como instrumento para superar la visión clásica – liberal de la ciudadanía en su dimensión “incluyente”, es decir, un tipo de ciudadanía eurocentrada - colonialista.
- 4) La lucha por constituir desde las prácticas un proyecto descolonizador donde se critica la formación de intelectuales, políticos, representantes, para dar un giro a lo colectivo y autónomo entre todos y todas.
- 5) El reconocimiento de la mujer como un actor fundamental en la familia y en el seno de las comunidades indígenas, aquí la acción política femenina elabora otra lógica de organización comunitaria (Martínez-Andrade, 2011).

Una clara figura política que muestra las dinámicas que “*los de abajo*” realizan para superar los desafíos de un proceso político – colonial, y plantean la idea de ir más allá del poder para pensar en crear “otros mundos” ya existentes, dentro y contra el capitalismo, que revelan la posibilidad real de un mundo poscapitalista” (Zibechi, 2007, p11).

La reflexión - crítica de pensadores como Zibechi (2007), Sandoval (2009) y Martínez – Andrade (2011), se sitúa en reconocer que los movimientos sociales y en particular el indígena, tienen como propósito la autonomía política, la profundización en las prácticas sociales y la construcción de nuevos imaginarios que puedan establecer elementos en común para pensar en la transformación radical, el cambio de paradigma y la realización de un sujeto – político como son los pueblos indígenas ante instituciones coloniales, que deben ser protagonistas de sus mismos cambios políticos, sociales y culturales.

La necesidad de proponer un análisis crítico desde la sociología política, que parta de reconocer una perspectiva subalterna desde la praxis del sujeto en las comunidades. Responde a lo manifestado por Alonso (2015) y Márquez- Fernández (2008), sobre las condiciones históricas del pensamiento latinoamericano, el cual ha sido fuente de reflexión por parte de las acciones colectivas y las resistencias populares de los movimientos y comunidades en los territorios.

De esta forma, es de gran importancia conocer la experiencia de los pueblos indígenas Pijao en el Departamento del Tolima- Colombia, los cuáles han sobrevivido y re-existido a las diversas formas de violencias generadas por los grupos hegemónicos, al mismo tiempo, su praxis comunitaria se constituye en el reflejo de un tejido social acordes a un ejercicio de

resistencia política, el cual está enmarcado en las prácticas, narrativas, emociones y acciones que configura la cultura al interior de su territorio.

La praxis ético – política que han impulsado los movimientos indígenas en Nuestra América, se configuran como un espectro de grietas internas/ externas que van más allá de la lógica institucional/burocrática del Estado hegemónico y las élites en los territorios. El proceso de des-colonizar desde los territorios, las comunidades y los actores de abajo, se instituye en una corresponsabilidad que pone en jaque las narrativas modernas que son reproducidas por los estamentos/sectores afines a los intereses de los partidos políticos, las organizaciones y los movimientos sistémicos, los cuales están sustentan en los lineamientos verticales de los grupos hegemónicos propios de la modernidad/colonialidad.

La capacidad de movilización popular y des-politizada de los movimientos indígenas, simbolizan un punto de inflexión sobre los procesos democráticos/ normativos, ya que logra ir más allá de la noción institucional, dándole sentido a los discursos, prácticas, narrativas e imaginarios que permiten una reflexión desde abajo, que sirve como un antecedente por establecer una praxis comunitaria contraria a lo versión estatal/gubernamental (Alonso, 2010), la cual cuestiona de forma anti-sistémica las políticas indigenistas (neoliberales), los institutos étnicos (ideológico – partidistas) y el tipo de academia que ha utilizado la cosmovisión de los pueblos originarios, como el instrumento para acceder, manipular y controlar los intereses/ recursos transnacionales y privados acordes a la dinámica del sistema mundo-capitalista (Wallerstein , 2008).

En efecto, el imaginario cultural de las comunidades indígenas en sus territorios, representa un fenómeno subalterno, orientado a cuestionar los modelos normados, anacrónicos y sistémicos del Estado, los gobiernos y las instituciones nacionales/transnacionales, las cuales han instrumentalizado el discurso, el sentir y las banderas del movimiento popular indígena en el marco de los intereses privados del capital y la dinámica re-colonizadora de las grupos hegemónicos sobre los territorios étnicos (Sandoval, 2018). Al mismo tiempo, la imposición de un modelo económico-político propio de la modernidad- capitalista, el cual antena de forma directa sobre los tejidos, venas y raíces ancestrales, cosmogónicas y territoriales de los pueblos en su coexistencia comunitaria.

El debate epistémico de larga discusión sobre la importancia de plantear una narrativa antihegemónica que permitirá superar los vestigios monolíticos/

positiva conformes a los lineamientos epistémicos de la sociología política. Representa, la oportunidad de legitimar/co-existir al interior de los grupos subalternos, y aquellos actores que van en contravía de un saber: único, universal y colonial encargado de hacer ciencia, bajo los estándares/necesidades de los grupúsculos privados/cerrados que pre-existen en la academia, siendo de gran necesidad, lograr concebir una perspectiva descolonizadora de la sociología política, la cual sirviera como eslabón teórico, conceptual y metodológico que sirviera para establecer diálogos interculturales, horizontales y abiertos, los cuales serían el eje enfocados a lograr mencionar, re-fundar y replantear las denuncias, prácticas y discursos de los grupos de abajo (Santos, 2009).

Parte de este imperativo epistémico, responde a una praxis ético-política que, apuesta por promover *otra* forma de concebir la dinámica sociocultural de la ciudadanía, lo político, lo público y la democracia que están pensada desde la narrativa descolonizadora de los poderes constituyentes, dándole paso a la des-politización del Estado y la re-politización de la acción subalterna de los pueblos indígenas en el ámbito territorial, comunitario y democrático. Al mismo tiempo, la emergencia de los pueblos indígenas, al lograr poner en vilo los límites estructurales que tiene el Estado frente al no-reconocimiento de la lucha, la resistencia y las autonomías de las comunidades en sus espacios de re-existencia popular/territorial.

La sociología política descolonizadora, parte de reconocer aquellas discusiones invisibilizadas por la academia, grupo, sectores e instituciones modernas/coloniales, las cuáles no legitiman el corpus teórico-conceptual de investigaciones comprometidas con un senti-pensar desde abajo, aquellas que mencionan lo políticamente -inapropiada ante la lógica de los grupos hegemónicos. A su vez, establece todo un proceso de metodologías dialógicas, horizontales, decoloniales y emancipatorias en contracara de los modelos tradicionales de hacer ciencia por ciencia moderna/colonial.

El paradigma de la emancipación de las luchas, los proyectos y las demandas de los sectores marginados/oprimidos de nuestros tiempos, sirven como la muestra del valor que implica las luchas socioculturales de los movimientos indígenas en Nuestra América, lo que denota un camino orientado a democratizar la democracia y ofrecer la visibilización de las causas perdidas, a su vez, indica un insumo para emprender una praxis ética/liberadora propia de la construcción real de los procesos autónomos- políticos de carácter anti-sistémicos gestados en los territorios. Igualmente, esta serie de divergencias populares son consecuentes con

los procesos descolonizadores que logran abrir discusiones como: los proyectos autonómicos territoriales, la interculturalidad desde abajo y las epistemologías feministas/indígenas entre otros, que son el reflejo de un camino enfocado a la construcción de epistemes desde el Sur Global.

Las grietas epistémicas generadas por los movimientos indígenas en Nuestra América, son de vital necesidad en el debate de cuestionar desde abajo/adentro las democracias en la región, puesto que logran, proponer un escenario diferente en función de la alteridad, a partir del sentipensar los territorios, los espacios y las comunidades subalternas y llenas de esperanza por constituir otra realidad. Lo que significa, estar en oposición a los modelos, esquemas y normas modernas/coloniales, que des-conocen las narrativas inter-culturales desde los sujetos al interior de sus experiencias en los territorios. Por ende, la propuesta de descolonizar el saber y re-existir desde el poder popular de las comunidades, sin desconocer que configuran una lógica política subalterna, que pretende romper con los esquemas burocráticos/constitucionales que imponen las instituciones modernas/coloniales, dando paso a la necesidad del respeto hacia la otredad desde el sentipensar, en el caso de los pueblos indígenas dicha situación descrita, representa el reconocimiento/legitimar desde la interseccionalidad que trae consigo una serie de intersaberes, prácticas y nociones desde los espacio de producción de conocimiento al servicio de las luchas descoloniales de los de abajo. Parte de esta situación, se logra vislumbrar en la idea de un ¡basta!, como una expresión contrahegemónica que da sentido a un pluriconjunto de discursos, narrativas, testimonios y solidaridad con los grupos más vulnerables de la historia moderna/colonial en Latinoamérica. La posibilidad de plantear una discusión en el plano inter-epistémico entre la sociología y la política como discursos científicos propios de la modernidad/colonialidad, implica una apuesta que genere grietas con los lineamientos normativos/técnicos propios de las escuelas tradicionales eurocéntricas. Por el contrario, la oportunidad de articular saberes desde la experiencia empírico – analítica de la realidad y las vivencias de los investigadores en diálogo co-laborativo con las comunidades, sirve como insumo para romper con el paradigma dominante de la ciencia post-positivista.

La dinámica socio-cultural e identitaria de los pueblos indígenas, representa un campo emergente de saberes inter-conectados por las luchas/resistencias desde los territorios inmersos en escenarios de violencia, despojo y des-territorialización por parte de los actores hegemónicos. A su vez, denota una experiencia alterna de superar los campos tradicionales

de la investigación clásica en la sociología política eurocentrada ante la emergencia de situaciones proveniente de las comunidades en movimiento en América Latina y el Caribe.

Resistencia política y cultural de los indígenas Pijao en Colombia 1991-2015

La disputa por la tierra ha sido uno de los problemas más complejo de las sociedades modernas, la ardua necesidad de acumular o concentrar el poder es sinónimo de dominación y violencia por parte de la clase hegemónica frente a los sectores subalternos. La realidad de los pueblos indígenas no logra alejarse de este panorama de conflicto permanente de antagonismo político, cultural, económico y social frente a las prácticas de grupos tradicionales (latifundistas, hacendado y élites, gamonales, entre otros).

El departamento del Tolima es un territorio que se ubica en el centro de Colombia, fue creado en el año de 1886 como un acto simbólico de unidad, no obstante, su formalización jurídica la obtuvo mediante la Ley 65 de 1909. Se encuentra localizado en la Región Andina entre las cordilleras Central y Oriental, tiene una superficie de 23.582 km, a su vez está compuesto por 47 municipios y su capital es Ibagué, más conocida como la ciudad musical del país (Defensoría del Pueblo, 2012).

El pasado histórico de la región frente a los pueblos indígenas está caracterizado por ser un territorio que ha vivido el conflicto armado en diferentes dimensiones, para algunos analistas es asumido como un departamento en donde la geopolítica de la guerra y los laboratorios de construcción de paz, son una constante bifurcación por mostrar experiencias en constante antagonismo, pero que ha sido radical en la cotidianidad del indígena en su comunidad.

De esta manera, la ubicación privilegiada del departamento del Tolima, al comunicarse con la capital del país y ser reconocido como un espacio de integración nacional por su conexión terrestre, ha permitido forjar una estructura entre lo tradicional y lo moderno. Parte de esta influencia espacial, se logra apreciar con las transformaciones agrarias, agropecuarias, industriales, comerciales y de producción a mediana escala, que se dieron después de la mitad del siglo XX.

Los territorios indígenas se vieron inmersos en esta serie de procesos de modernización regional, puesto que dichas formas de producción

configuraron el fortalecimiento de una cultura de consumo y las estructuras de sectores dominantes como son: los terratenientes, los hacendados y los gamonales, que tomaron fuerza a través de formas violentas de control y cooptación política, mediante la fomentación de una cultura de la violencia. Por ello, la producción del café, la minería extensiva, la explotación de hidrocarburos, la siembra de la hoja de coca, amapola, marihuana, así como la implementación de actores políticos tradicionales en la región, pusieron a los pueblos indígenas como un sector vulnerable, factible y propenso a estar en medio del control sobre sus territorios (PNUD, 2015).

La implementación de la Constitución de 1991 fue un clivaje central en la historia política de los pueblos indígenas del Tolima, puesto que se implementó un imaginario colectivo de legalidad, aceptación y vinculación como actores políticos reconocidos ante el aparato institucional de la nación. Parte de esta razón obedecía a la naturaleza liberal, incluyente y participativa que promulgaba la nueva carta magna frente a este sector de la sociedad civil.

La conformación del Primer Congreso Indígena del Tolima en el año de 1982, fue una pieza fundamental para lograr constituir el Consejo Regional Indígena del Tolima (CRIT), considerado la primera organización étnica de la región, que sería la base de un programa de lucha política, social, económica, territorial y comunitaria tal como quedó plasmado en las memorias de este. En ese momento se forjó en el imaginario de los actores indígenas del departamento la necesidad de canalizar fuerzas, fortalecer la organización comunitaria indígena y dar paso a la formación étnica de sus líderes sociales (CRIT, 1987).

Los temas centrales que se establecieron como demandas formales e informales por parte de la organización fueron los siguientes en un principio:

- 1) La lucha por la recuperación y el saneamiento de las tierras de los resguardos. 2) La consolidación de cabildos y resguardos. 3) La implementación de programas que mejoraran derechos como la educación, la salud y el desarrollo económico comunitario entre otros. 4) El fortalecimiento de una cultura indígena en el campo social, económico y político que hiciera resistencia a la violencia en sus territorios (Defensoría del Pueblo, 2012).

Un antecedente característico de la identidad de los pueblos indígenas del Tolima, ha sido la férrea lucha por la recuperación de las tierras, la movilización social y la resistencia comunitaria en municipios como: Planadas, Ortega, Rioblanco y Chaparral, ubicados al sur del departamento. Sin embargo, los conflictos territoriales, la violencia armada y las prácticas de politiquerías, han sido elementos permanentes que ponen en juego la autonomía indígena sobre los mismos.

El proceso de movilización por la tierra es reconocido como un referente de la historia e identidad de los pueblos indígenas en el Tolima, en particular su praxis enfocada a la defensa del territorio en medio de las estructuras tradicionales del poder político en la región. A partir de la Constitución de 1991, la forma de lucha política de las comunidades estuvo enfocada a intentar rescatar el imaginario de ser reconocidos como la etnia Pijao.

La situación compleja que se ha vivido en el departamento del Tolima, al ser una zona estratégica por su ubicación céntrica en el país; ha sido un espacio para la emergencia de problemáticas estructurales que han influido fuertemente en las dinámicas nacionales del país, por ejemplo, la acumulación del capital, la imposición del latifundismo y el control político por parte de las élites liberales y conservadoras del territorio. Al mismo tiempo, la creación de grupos guerrilleros armados y su constante enfrentamiento con los sectores de los paramilitares, ubicaron a los indígenas como un actor frágil y sensible a los impactos del conflicto armado en esta zona.

El periodo de 1991-2015, ha representado un momento coyuntural para los procesos de organización de los pueblos indígenas en el Tolima, debido a la fuerte ola de violencia que estos han sufrido en los últimos 20 años a causa del conflicto armado y las reformas políticas que han sido perjudiciales para la identidad indígena de la región. A esto se suman los matices provenientes de la concentración del poder político entre el partido Conservador y Liberal, que fragmentaron la sociabilidad política de los municipios ubicados en el Sur y Norte del departamento.

La razón de esta situación generó una concepción de control político, usado por actores hegemónicos como son los hacendados y terratenientes contra grupos de campesinos, trabajadores sin tierras, indígenas, negritudes, mujeres y obreros, esta confrontación fue un elemento que puso en discusión las grandes concesiones de baldíos que fueron utilizados como fortín político-electoral para seguir perpetuando cacicazgos a través de la

adjudicación de tierras a las familias, gremios y grupos vinculados a las tendencias de prácticas políticas de cooptación y subordinación por medios violentos.

La fuerte ruptura que existió en el departamento, producto de la conformación de grupos de Autodefensas (paramilitares) en las zonas con presencia de comunidades indígenas como fue Ortega, Planadas, Rioblanco y Chaparral, contribuyó a una serie de conflictividades en los tejidos comunitarios de la población rural (campesina) en estos municipios ubicados al sur de la región.

Las denuncias formales realizadas por el CRIT como una de las organizaciones más fuertes que agrupa los pueblos indígenas en el Tolima, manifiestan la falta de garantías que tienen los entes oficiales con los procesos liderados por las comunidades en defensa del territorio y su seguridad comunal. Tal como se puede apreciar en el año de 1986 en donde manifiestan a la Procuraduría General de la Nación y la oficina de asuntos indígenas que:

En efecto, la situación de acumulación de grandes extensiones de tierras de la mano de una cultura de latifundistas, terratenientes y gamonales, se convirtió en la estructura necesaria para la prevalencia de los laboratorios de masacres, extorsiones y persecución a líderes sociales, indígenas, comuneros, mujeres y jóvenes. Después del año 2000, en el Tolima se logra concebir una fuerte presencia de los grupos paramilitares y la reorganización de los grupos guerrilleros en la región que generaron una disputa por establecer un dominio sobre el narcotráfico, los carteles de extorsión y las rutas de cultivos ilícitos, las cuales fueron formas contundentes que afectaron la autonomía de las comunidades indígenas en sus territorios.

En este sentido, la necesidad de construir la paz desde los territorios indígenas ha sido una constante exigencia que han realizado a las instituciones con el fin de no vincular de manera directa o indirecta las comunidades ni hacer de los territorios étnicos lugares de confrontación armada y control político por parte de dichos actores que han violentado la autonomía en todas sus dimensiones.

Una de las razones que impulsaba las marchas populares de los indígenas en un principio, fue la necesidad de garantizar programas sociales idóneos a los requerimientos de las comunidades, al no encontrar una respuesta

concreta por parte de las entidades oficiales, las manifestaciones siguieron siendo un instrumento para la difusión de los problemas que afectaban internamente a los pueblos, y algunos de estas reivindicaciones lograron fortalecer una comunicación con otros sectores de la sociedad civil que legitimaban la lucha indígena como una causa justa dentro de la cultura política de la nación.

La vulnerabilidad histórica que han vivido los pueblos indígenas en el tema del derecho a la tierra y la autonomía sobre su territorio, se ha visto reflejada en las diversas demandas formales e informales realizadas al gobierno nacional en donde se manifiesta la necesidad de construir propuestas de saneamiento y rehabilitación sobre los resguardos, el tema de la legalización de tierras, y la capacidad de llevar a cabo los planes de desarrollo local promovidos por sus comunidades.

La construcción territorial del pueblo Pijao ha sido producto de la constante lucha por la tierra, el paulatino proceso de despojo, abandono y persecución, forzada al interior de los resguardos y cabildos por actores armados legales e ilegales, la resistencia contra el exterminio sistemático que históricamente han sufrido, la pérdida de identidad sobre sus prácticas culturales. Por ello, la situación estructural de las comunidades en el Tolima, estuvo marcada por la demanda de lograr la unificación política de las comunidades para hacer peso a la política de exterminio auspiciada por las instituciones e intentar promover redes comunitarias en defensa de la vida, la autonomía, el territorio y la identidad Pijao como un instrumento para lograr construir una base frente a todos los procesos de transformaciones económicas, políticas, culturales y sociales que vienen sucediendo en sus comunidades y al mismo tiempo, contrarrestar la violencia sistemática que han vivido los campesinos, indígenas y mujeres en la región (CECOIN, 2007).

El arduo trabajo de construir una ruta política descolonial, por parte de los pueblos indígenas en el Tolima, se vio influenciada por el programa comunitario propuesto por el CRIT, en donde dejaban expuesto la tarea de exigir el derecho al territorio, la autonomía, la jurisdicción especial, la educación, el sistema de participación y su postura de paz frente a las secuelas del conflicto armado en sus zonas. Por ello, la situación de seguir las consignas de “la conciencia en la lucha depende nuestro futuro” y “Unidad, tierra, organización y autonomía”, fueron las bases programáticas que reflejaron una postura necesaria y práctica para impulsar los siguientes puntos:

1) Reconstruir y unificar los cabildos indígenas del Tolima. 2) Recuperar las tierras pertenecientes a las comunidades. 3) Rescatar nuestra cultura por la unidad, la organización, la tierra y la autonomía. 4) Estudiar la legislación indígena para exigir su aplicación, haciendo válidas las adjudicaciones de los cabildos y la titulación colectiva y no por familias. 5) Impulsar el trabajo comunal en las tierras recuperadas y en las organizaciones económicas comunitarias. 6) Ejercer el control sobre los recursos naturales de nuestras comunidades indígenas. 7) Adelantar un programa de salud autónomo. 8) Ejercer autonomía ante las entidades oficiales. 9) Desarrollar un plan de educación autónomo. 10) Fortalecer el movimiento indígena nacional con nuestro propio trabajo (CRIT, 1987, p.28).

La situación de violencia sistémica que presencian los pueblos indígenas en Colombia, no es ajena al panorama nacional de conflicto y olas internas/externas de despojo en los territorios. La fuerte situación de asesinatos a líderes/as sociales, comunitarios y populares de índole étnico (indígena), simboliza una fragmentación sobre los tejidos territoriales y procesos de liderazgos horizontales en el marco de la construcción de paz desde abajo. Asimismo, refleja una crisis institucional por parte del gobierno que no logra garantizar las mínimas condiciones de coexistencia y seguridad en los espacios cotidianos de convivencia socio-política

La complejidad de olas de asesinatos a los voceros indígenas que asumen una postura auto-crítica en temas de justicia, educación, seguridad, paz y democracia frente a fenómenos como el narcotráfico, la sustitución de cultivos, el proceso de paz en el país y el ejercicio autonómico en los territorios. Se convierte en el meollo del asunto de crisis generalizada de violencia, la cual se materializa en una masacre popular ante los grupos subalternos que optan por constituir luchas desde abajo en el marco de la democratización de las expresiones de paces en los territorios.

En efecto, el reconocimiento de víctimas colectivas por parte de la Justicia Especial para la Paz (JEP), ante el genocidio urbano/rural que presencia los pueblos indígenas en Colombia, se constituye en un antecedente que permite develar las otras narrativas y oralidades en torno al conflicto armado y las estructuras hegemónicas precursoras de la violencia estatal. La crítica política que por décadas han realizados los movimientos indígenas en las regiones periféricas del país, que han sufrido de forma radical situaciones de despojo, paramilitarismo y exterminio de sus tejidos comunitarios, se encuentran en un escenario de visibilización de una narrativa jurídico – institucional sobre el rol de las víctimas, aunque denota un avance

en materia de esclarecer las diversas situaciones que imposibilitan la reparación integral, las verdades sobre el conflicto social y amada pero en especial la construcción integral de una paz estable y duradera desde los territorios violentados.

En últimas, la experiencia de resistencia popular de los pueblos indígenas del Tolima, al ser un movimiento emergente en construcción de senti-pensares y tejidos de solidaridad y comunalidad, refleja un campo de oportunidad para la sociología política Latinoamericana y des-colonizadora que apuesta por generar grietas al interior de las estructuras hegemónicas propias de las ciencias eurocentradas en el campo socio-cultural. Lo que implica, un escenario de oportunidad para articular narrativas interculturales y dialógica de saberes desde la experiencia de los grupos subalternos en sus comunidades.

A modo de conclusión

La cultura política y la resistencia popular de los Pijaos, representa un desafío analítico producto de su incipiente cohesión social e identidad comunitaria fragmentada, debido a que parte de esta problemática responde a la débil formación política, social, cultural y económica, apelando a los principios reales que históricamente existieron como elementos de la causa indígena al interior de los pueblos indígenas del Tolima.

Por otra parte, el no tener un proyecto político pragmático, estable y con bases sólidas, exhibe el pueblo Pijao como un sujeto colectivo desestructurado en su misma región, lo que constituye un problema profundo que repercute en gran parte de sus necesidades como movimiento indígena. Asimismo, también se evidencia la política de exterminio promovida por el gobierno nacional de la mano de una cultura burocrática, institucional y legalista que hace uso del enfoque diferencial para someter a las comunidades a los intereses de los grupos hegemónicos.

Una muestra concreta de ir pensado en un proyecto político alternativo que resignifique la resistencia política y cultural de los Pijao, dado que está sustentado en las prácticas políticas alternas y contrarias al marco institucional, es decir, las que vienen de abajo, tal como resulta ser la Escuela Agroecológica y Territorial Manuel Quintín Lame, ubicada al sur del Tolima, en la cual se opta por generar un ambiente de unidad más allá del personalismo político entre las organizaciones.

Uno de los componentes de intervención comunitaria planteado por la Escuela agroecología y territorial Manuel Quintín Lame radica en establecer algunos proyectos como son:

- 1) *La Creación de la empresa comunitaria de reproductores de gallinas criollas en Tamirco y Pocharco, la cual abastece los pies de cría de gallina criolla al Comité Internacional de la Cruz Roja Colombia.*
- 2) *Reordenamiento de la producción de ganado de doble propósito en el resguardo de Palma Alta mediante la adopción de sistemas silvopastoriles.*
- 3) *Desarrollo de unidades productivas de pollos Cobbs y criollos a mediana escala, a partir de la producción de concentrado con materias primas locales en La Arenosa, Coyaima.*
- 4) *Cría de gallinas criollas en Palma Alta articuladas a proyectos de víctimas del conflicto armado.*
- 5) *Implementación de acciones frente al cambio climático en los resguardos de Hilarquito y Pocará, tales como mejoramiento de huertos tradicionales, captación y manejo del agua y gobernanza sobre el recurso vital.*
- 6) *Formulación y desarrollo de la cosecha de agua por las mujeres de Asfumujer en Natagaima en La Palmita, Cocana, Pueblo Nuevo, Guasimal y Anchique.*
- 7) *Reorganización institucional de la Asociación de Pequeños Mineros de Ataco (Astra).*
- 8) *Promoción de alternativas productivas para el manejo del agua, de los suelos y de la producción en el distrito de riego Triángulo del Tolima.*
- 9) *Reconversión de varios lotes de cultivo de penca sábila en el municipio de Natagaima, pasando de monocultivos a sistemas agroforestales (Corporación Grupo Semillas, 2015, p. 4).*

Por un lado, la apuesta por construir una reflexión sobre las políticas rurales y ambientales, la producción familiar, la agroecología, así como las prácticas interculturales, hicieron parte de los temas de formación de los escuelantes, por otro lado, encontramos la importancia de un componente práctico sobre los derechos indígenas, territoriales y la concepción del gobierno autónomo propio, enfocándolo en la necesidad de conocer la apropiación de una gestión ambiental y ecosistémica de sus territorios.

La valoración de una investigación social aplicada a las comunidades desde un enfoque intercultural, ha sido una de las características centrales de la escuela en los territorios debido a la importancia que posee articular un proceso formativo que recoja los elementos de una investigación, acción y participación (IAP) que forma de la identidad metodológica de los integrantes de la misma. Por ende, la apuesta por una ecología de saberes, un proceso de formación popular y el diálogo de saberes locales, de abajo e indígenas, tienen como fundamento optar por una apropiación del territorio, considerando las necesidades reales de las comunidades al interior de su contexto sociocultural.

En este sentido los puntos modulares/centrales que desarrolla la escuela son los siguientes:

1). La agroecología como enfoque de producción alternativa. 2). La gestión política del territorio. 3). La réplica y el efecto demostrativo. 4). La investigación local, a través de los siguientes principios: a. Soberanía, seguridad y autonomía alimentaria. b. Principios, modelos, conceptos y técnicas agroecológicas de producción agrícola y pecuaria, recuperación de suelos y manejo del agua. c. Uso y manejo de la biodiversidad y de las semillas criollas y nativas. d. Implementación de principios para la producción pecuaria sostenible tanto en especies mayores como en menores. e. Promoción de los agroecosistemas: Sistemas silvopastoriles y agroforestales. f. Cambio climático y estrategias adaptativas (Corporación Grupo Semillas, 2015, p. 5).

La sociología política descolonizadora, trae consigo una serie de oportunidades epistémicas que sirven como antecedente en lo concerniente a la disputa por superar las estructuras cerradas/privadas del conocimiento, dándole espacio a las investigaciones pensadas desde el sujeto, que son transformadoras y comprometidas con enfoques, paradigmas y teorías que cuestionan la colonialidad del saber, asimismo, parten de deliberar los principios teóricos de los escuelas, campos y sectores afines a la narrativa colonizadora de las ciencias. Una muestra contrahegemónica es la praxis espiritual, política, ética y descolonial que han impulsado los movimientos indígenas como actores políticos en contravía al ordenamiento burocrática/institucional, aquí toma sentido la otra forma de hacer política desde los territorios en diálogo con el sentipensar de las comunidades, que cuestionan y configuran la necesidad de apostar por otros mundos posibles, necesarios y urgentes que sirvan como antecedentes subalternos enfocados hacer peso a la crisis civilizatoria/sistémica del capital en nuestra época.

La propuesta epistémica de constituir un proceso descolonizador desde la sociología política en Nuestra América, denota un campo de oportunidad que se encuentra en proceso de construcción, el cual contempla la dimensión teórica, conceptual y metodológica, a su vez, está orientado a establecer una alteridad con la otredad, en medio de las luchas, resistencias y denuncias de los colectivos, organizaciones y movimientos populares, indígenas, negros, sexuales y campesinos entre otros, que apuestan por una democracia subalterna con justicia social, que tenga un sentido comunitario de representación desde abajo y una sociedad en donde la construcción popular de la paz, la re-solución de los conflictos y la constitución de saberes sean el reflejo de concebir una realidad intercultural/pluriversal como muestra de otros mundos emergentes y descoloniales.

En últimas, la resistencia popular y la emergencia de paz Pijao, tiene que ver con un proceso de larga duración, el cual responde a un proyecto político alternativo en la actualidad, representa el intento en construcción realizado por la Escuela Agroecológica y Territorial Manuel Quintín Lame que recoge el conjunto de experiencias enfocadas a establecer un espacio de convergencia intercultural, popular, político e investigativo que reflexione sobre las problemáticas territoriales, la defensa de los territorios, el imaginario colectivo indígena y la resignificación de la identidad, la comunalidad y otro tipo de desarrollo al interior de sus territorios, que apuesta a otros mundos posibles y necesarios que sean la fuente hacia el camino de la construcción de paces desde los pueblos indígenas en sus tierras.

Referencias

- Alonso, C., & Alonso, J. (2015). Para seguir los rastros de los movimientos a inicios de la segunda década del siglo XXI. *Espiral (Guadalajara)*, 22(62), 9-42.
- Alonso, J. (2010). Un sujeto a la zaga de sujetos de movimientos: pistas de indagaciones para la construcción de una teoría crítica. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 15(49), 35-52.
- Alonso, J. (2013). *Repensar los movimientos sociales*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social - CIESAS.

- CECOIN. (2007). *Indígenas sin derechos: Situación de los derechos humanos de los pueblos indígenas*. Bogotá: Ediciones Antropos Ltda.
- Corporación Grupo Semillas. (2015). *Escuela Agroecológica y Territorial Manuel Quintín Lame*. Bogotá: Arfo Editores e Impresores Ltda.
- CRIT. (1987). *Memorias del Tercer Congreso Indígena del Tolima*. Ortega: Consejo Regional Indígena del Tolima.
- Cruz, J. (2018). Los estudios de paz latinoamericanos en la encrucijada Producir o reproducir, una mirada desde las epistemologías del Sur. *Revista CoPaLa*. Año 3, número 5, 9-21.
- Defensoría del Pueblo. (2012). *Situación de los derechos fundamentales, colectivos e integrales de los pueblos indígenas del departamento del Tolima*. Bogotá: Unión Gráfica Ltda. - Defensoría del Pueblo de Colombia.
- Fisas, V. (1987). *Introducción al estudio de la paz y de los conflictos*. Barcelona: Lerna.
- Fontan, V. (2013). *Descolonización de la Paz*. Cali: Sello editorial Javeriana.
- Guzmán, V. (2000). Saber hacer las paces. Epistemologías de los estudios para la paz. *Convergencia Revista de Ciencias Sociales*, (23), 49-96.
- Horowitz, I. (1977). *Foundations of political sociology / Fundamentos de sociología política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Márquez Fernández, Á. (2018). *Democracia sub-alterna y estado hegemónico. crítica política desde américa latina/ diálogo abierto con Álvaro B. Márquez-Fernández*. Buenos Aires: El Pregonero- Elaleph. com S.R.L.
- Márquez-Fernández, Á. (23 de julio de 2008). *Crisis de la episteme política del Estado moderno en América Latina*. Obtenido de IX Corredor de las Ideas. Enseñanzas de la independencia para posdesafíos globales de hoy. Repensando el cambio para nuestra América: http://www.corredordelasideas.org/docs/ix_encuentro/alvaro_marquez.pdf
- Márquez-Fernández, Á. (2018). The role of political construction of intercultural praxis. *Revista FAIA -Vol. 7, No 31 (2018): Homenaje a Aníbal Quijano*, 1-14.

- Martínez-Andrade, L. (2011). Colonialidad del poder: el grillete de nuestra historia. *Temas* (65), 4-13.
- PNUD, P. d. (2015). Tolima: análisis de las conflictividades y construcción de paz. Bogotá: Alianzas Territoriales para la Paz.
- Sandoval, E. (2009). Las vibraciones democráticas y pacíficas del movimiento indígena en América Latina. En S. Vázquez, *Movimiento asociativo y Cultura de Paz- Una mirada desde Andalucía* (págs. 105-128). Granada: Universidad de Granada - Instituto de la Paz y los Conflictos.
- Sandoval, E. (2016). Educación para la paz integral - Memoria, interculturalidad y decolonialidad. Bogotá: ARFO Editores e Impresores LTDA.
- Sandoval, E. (2016). Indigenous Zapatista education for peace and non-violence. *Espacio Abierto*, 25(1), 23-36.
- Sandoval, E. (2018). Etnografía e Investigación acción intercultural para los conflictos y la paz. *Metodologías Descolonizadoras*. Venezuela: Editorial Alfonso Arena, F. P.
- Sandoval, E., & Capera, J. (2018). El movimiento indígena colombiano y su relación con el giro decolonial en América Latina. *Revista Ratio Juris* Vol. 13 N.º 27 - UNAULA, 145-172.
- Santos, B. (2009). *Epistemología del sur*. México: Siglo XXI.
- Wallerstein, I. (2008). *Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos*. Bogotá: Ediciones desde abajo.
- Wallerstein, I. M. (2005). *La crisis estructural del capitalismo*. Bogotá: Centro de Estudios, Información y Documentación” Immanuel Wallerstein” - Los libros de la contrahistoria. Desde Abajo.
- Zibechi, R. (2007). *Autonomías y emancipaciones: América Latina en movimiento*. Lima - Perú: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales.
- Zibechi, R. (29 de marzo de 2019). Estados mafiosos y poder político. Obtenido de *La Jornada*: <https://www.jornada.com.mx/2019/03/29/opinion/018a1pol>
- Zibechi, R. (2019). *Los arroyos cuando bajan. Los desafíos del zapatismo*. Madrid: Zambra-Balandere.